

PROGRAMAS Y PRONOSTICOS (*)

I. *Ser y deber ser.*

Una de las peculiaridades de la economía política es el conflicto entre las palabras y los hechos de sus protagonistas. Durante más de un siglo los economistas han declarado repetidas veces que la ciencia económica se ocupa solamente de la observación, descripción, análisis y predicción de los acontecimientos, y jamás se dedica a hacer recomendaciones, asesorar o dar órdenes. Senior, John Stuart Mill, Cairnes, Bagehot, Sidgwick, John Neville Keynes (1), J. B. Clark, y en nuestros días los profesores Pigou y Robbins, lo mismo que casi todos los libros de texto de economía, han afirmado que la economía se basa en lo que es y *podría ser*, pero jamás en lo que *debería ser*.

Sin embargo, pese a estas declaraciones sobre el carácter científico y neutral de la economía, virtualmente todos los economistas en la práctica han asesorado, hecho recomendaciones, han ex-

(*) Este trabajo es una versión corregida y aumentada en un artículo que apareció en el *Quarterly Journal of Economics*, vol. LXVIII (agosto de 1954), que se utiliza con la amable autorización de su director y de la Harvard University Press. La traducción ha sido realizada por GONZALO GARCÍA PASICLI.

(1) Para referencias, véase GUNNARD MYRDAL, *Political elements*, págs. 3 y siguientes.

hortado, han aconsejado, etc., y todo ello con ayuda de argumentos directamente derivados de la "ciencia" de la economía.

Es posible aducir que para los economistas de la gran tradición utilitarista la distinción entre *ser* y *deber ser* no es fundamental. Como otros sistemas filosóficos racionalistas, el utilitarismo sostiene que *deber ser* puede deducirse de *es* y *puede ser*. Efectivamente, hay testimonio de que la distinción entre ciencia y política (o ética) era considerada como de mera clasificación. La economía como *ciencia* (en el sentido estricto) se basa en los hechos; la economía como *arte* se basa sobre valores y políticas. Si se adopta esta interpretación, las declaraciones sobre el carácter científico de la economía no tienen más valor que el de una clasificación conveniente en economía "pura" o "teórica" y economía "aplicada" o "práctica" (2).

La dificultad que surge cuando se trata de aceptar esta interpretación es la extrema importancia que los autores dan a la libertad axiológica de la economía, y al fervor con el que denuncian en sus introducciones metodológicas cualquier intento de sacar recomendaciones a partir del análisis de los hechos. Pienso que creen en lo que dicen, aunque no lo practiquen jamás.

La tajante división que existe entre el *ser* y el *deber ser*, entre los empeños positivos y normativos, es hoy día tan ampliamente aceptada que la inconsecuencia de los escritores pertenecientes a la tradición clásica podría chocarnos de forma que se considerase o bien un enorme descuido, o falta de probidad. Pero hemos de recordar que los hábitos de las filosofías racionalistas, especialmente los de la filosofía de la ley natural y del utilitarismo, según los cuales los valores y las normas o bien son idénticos a los hechos o pueden derivarse de ellos, tienen raíces profundas y robustas. Ni Adam Smith ni James Mill creían que exista algo impropio en la formación de una *ciencia* de valores y normas, y algo de la confusión actual puede ser meramente el reflejo de

(2) Vid., por ejemplo, J. N. KEYNES, *Scope and Method of Political Economy*, pág. 39. "El problema de si la Economía Política ha de considerarse como una ciencia positiva, o como una ciencia normativa, o como un arte, o como una combinación de éstos, es en cierta medida una cuestión meramente de nomenclatura y clasificación." Vid. también *Political Element*, págs. 8 y 219.

una falta de compás ideológico entre las palabras y los hechos.

Por otra parte, hoy día quizá aceptamos con demasiada facilidad la creencia de que la distinción entre *ser* y *deber ser* es siempre obvia, bien definida y fácilmente delimitable (3).

Los puntos de vista de Myrdal sobre esta cuestión han sufrido un cambio paulatino. Hay párrafos en su *Political Element* que implican que un esfuerzo honrado y un trabajo duro pueden siempre llegar a separar los valores de los hechos. En este punto de vista, la introducción clandestina de las premisas de valor se hace a una altura más bien superficial. Pero tiene lugar una evolución gradual desde este punto de vista *psicológico* (que, como dice Myrdal en su Prefacio de 1953, implica un ingenuo empirismo) a un análisis más complicado de la entrada de los juicios de valor. En *Crux of All Science*, los valores entran no como deseos que *falsean el pensamiento*, sino como principios esenciales que forman la estructura del pensamiento teórico, dándole significado y dirección. Pero si los valores se cruzan inevitablemente en el camino a través del cual intentamos analizar la realidad, la buena voluntad y la probidad no tienen aportación alguna que hacer a la claridad en este nivel más profundo. Se cambia toda la concepción del análisis científico. Los valores no son algo que haya de descartarse, ni siquiera algo que haya de hacerse explícito con objeto de separarlo de la materia empírica, sino que son un análisis empírico siempre presente y permeable hasta el fin.

(3) HUME se quejaba de que "en cada uno de los sistemas de moralidad con que me he encontrado hasta el presente, he notado siempre que, durante algún tiempo, el autor razona en la forma ordinaria y establece la existencia de Dios, o hace algunas observaciones relativas a cuestiones humanas; repentinamente me veo sorprendido al encontrar que en lugar de copular las proposiciones a la manera usual, es y no es, no hallo proposición alguna que no esté unida por un *debe ser* o *no debe ser*. Este cambio es imperceptible; pero, sin embargo, es de gran importancia. Porque puesto que este *debe ser* o *no debe ser* expresa una relación nueva o afirmación, es necesario que sea observado y explicado; y al mismo tiempo, debería darse una razón para lo que parece completamente inconcebible, cómo esta nueva relación puede ser una deducción de otras que son totalmente diferentes de ella." *A Treatise of Human Nature*, libro III, parte I, final de la sección II.

II. Programa y pronóstico.

En el Apéndice 2 de *An American Dilemma*, titulado "Nota sobre hechos y valoraciones", Myrdal traza la distinción entre "programas" y "pronósticos". Estos dos conceptos clave, abren la puerta a su visión de todo el problema del valor, y yo trataré de utilizarlos en esta Introducción con este propósito.

"Programa" debe entenderse como el plan de una acción que se pretende, por ejemplo, el programa de un partido, los objetivos de los sindicatos, de las asociaciones de agricultores o de comerciantes, etc. Un programa es la formulación de una acción política que ha de seguirse. Se compone de ciertos objetivos o fines, y de normas sobre la manera cómo han de perseguirse estos objetivos.

Por "pronóstico" se entiende una predicción del curso posible o probable de los acontecimientos. Un pronóstico se basa en la observación y el análisis y consiste en la aplicación a casos particulares de generalizaciones sobre las relaciones efectivas e hipotéticas entre los hechos y los acontecimientos.

Esta distinción se relaciona con la más conocida entre *análisis* y *política*. "Pronóstico" acentúa el carácter predicativo del análisis; "programa" es la concreta formulación de una política. La distinción se relaciona también con la conocida dicotomía *medios-fines*, pero no es lo mismo. El modelo medios-fines se construyó con objeto de salvar algo de lo que aparecía como una ciencia normativa, en una época en que la fe racionalista en los valores descubribles había declinado, habiéndose fortalecido el relativismo y el escepticismo. Si la dicotomía es susceptible de defensa, se puede desarrollar un argumento teológico con arreglo a líneas objetivas, en tanto en cuanto esté incluida la cláusula hipotética sobre los fines. Todas las valoraciones están unidas bajo la rúbrica "fines", pudiéndose entonces discutir "científicamente" la adecuación de los medios.

Pero la gente concede valor no solamente a los "fines", en el sentido de los últimos resultados deseados de una serie de acontecimientos, sino también a los medios con los cuales se logran los fines. Este complejo de fines deseados, medios y procedimientos, así como otros efectos distintos de los fines que pueden ser

resultados inevitables, todo lo cual viene condicionado por valoraciones, puede llamarse "programa".

Con respecto a la distinción entre programa y pronóstico, una gran parte del análisis social se presenta como el intento de derivar programas directamente del análisis y del pronóstico. Los críticos han señalado repetidamente que tales intentos proceden de la confusión, y que un razonamiento claro exige que los fines (que son parte de los programas) estén separados de los medios (análisis y predicción). La más reciente formulación de este punto de vista puede encontrarse en la teoría de la *función de bienestar social* (4). La función de bienestar social es un cajón de sastre para todas las valoraciones, establecido en un orden definido, un instrumento para purificar la investigación económica de cualquier vestigio de materiales no científicos. Pero la interdependencia de programa y pronóstico se halla en la misma naturaleza de la teoría social, y el obstáculo que se presenta a su separación no es precisamente la estupidez.

Los puristas aseguran que es posible y deseable separar absolutamente (a) el pronóstico basado sobre el análisis objetivo de una situación en la que los programas se toman como datos, de (b) el programa basado sobre este análisis. De hecho, existe mutua interacción, y cada uno de ellos está parcialmente determinado y modificado por el otro.

La crítica hecha del punto de vista de que es posible un pronóstico independiente es análoga, en lo que yo puedo ver, a la crítica de los físicos modernos del supuesto de que el observador y el observado no se afectan recíprocamente. Se ha visto que es inherentemente imposible observar con exactitud al mismo tiempo la posición y la velocidad de una partícula, incluso si se descartan todos los errores experimentales.

Este descubrimiento no llevó al abandono de la observación, sino a una nueva formulación del modelo utilizado. Análogamen-

(4) A. BERGSON (BURK), "A Reformulation of Certain Aspects of Welfare Economics", *Quarterly Journal of Economics*, LII (febr. 1938), 310-34; P. A. SAMUELSON, *Foundations of Economic Analysis*, cap. VIII; K. J. ARROW, *Social Choice and Individual Values*; A. BERGSON, "On the Concept of Social Welfare", *Quarterly Journal of Economics*, mayo 1954.

te, el hecho de que programa y pronóstico se afecten recíprocamente nos obliga a abandonar patrones tales como "la economía es la ciencia de la distribución de medios escasos con empleos alternativos entre fines en competencia" y reemplazarlos por modelos más apropiados, que tengan en cuenta esta interacción.

III. Programa determinado por el pronóstico.

Pigou puso como prefacio de su *Wealth and Welfare* una cita de Charles Booth: "Para ser efectivos, la insatisfacción ha de ser atravesada de parte a parte con los colores de la esperanza." Estaba convencido de que podría encontrar la esperanza en su análisis. Un programa, para que sea eficiente, ha de tener en consideración el probable y posible curso futuro de los acontecimientos; en otras palabras, ha de basarse sobre el análisis y el pronóstico. Los programas se alteran a la luz de nuevos acontecimientos sobre los hechos. Los programas sin pronósticos son sueño inútiles o protestas vacías de contenido.

Más en particular, el análisis y el pronóstico pueden señalar las consecuencias de las selecciones alternativas, y la congruencia o incongruencia de los objetivos comprendidos en el programa. Pueden indicar las políticas más adecuadas para lograr los objetivos señalados, en tanto en cuanto los valores no estén unidos a las políticas como tales, y las consecuencias probables de políticas dadas. Pueden mostrar en qué medida los intereses a corto plazo manifestados en un programa son compatibles con los intereses a largo plazo de un grupo, en qué medida los objetivos expresados en un programa son divergentes de la conducta real seguida por el grupo en cuestión (señalando racionalizaciones e hipocresías), y en qué medida esta conducta resulta congruente.

Resulta, por consiguiente, que los fines nunca vienen dados, en el sentido requerido por los que creen en la posibilidad de una teoría neutral del bienestar. Los fines se modifican:

- 1.—A la luz de un conocimiento más amplio de los hechos.
- 2.—A la luz de lo que se cree que puede ser modificado, y de lo que no puede serlo. Pero entre estos "datos" se encuentran

los fines de otras gentes; por consiguiente, los fines se alteran a la luz de los programas, y de la fuerza que hay más allá de esos programas, de otros. Muchas recomendaciones conservadoras descansan sobre la convicción de que "no se puede cambiar la naturaleza humana", en tanto que los socialistas derivan esperanzas de la creencia de que las instituciones pueden hacerlo a veces. Las discusiones entre los revolucionarios y los reformadores con frecuencia versan sobre si algunas instituciones pueden cambiarse. Las opiniones sobre el problema de hechos de cuáles son las constantes, condicionarán la moral del hombre y las convicciones políticas (5).

3.—A la luz de otros fines que se desarrollan al explorar una serie de fines, y a la luz de resultados indeseables, anteriormente imprevistos, que están en contradicción bien con los fines "dados", bien con los descubiertos recientemente.

Para decir lo mismo de otra manera: el análisis y el pronóstico modifican los programas de las siguientes maneras:

1.—Los programas pueden revestir mayor congruencia mediante una mejor información, y por lo tanto ser más eficientes.

2. Los tipos de valor que anteriormente estaban implícitos tan sólo, o faltaban totalmente, pueden activarse como resultado de los hechos descubiertos por el análisis. (Vid. Sección 5).

3.—Pueden aclararse confusiones no sólo sobre las relaciones de hechos, sino también sobre los propios deseos de uno. Las racionalizaciones y pseudo-intereses pueden dar paso al conocimiento de intereses reales.

4.—Pueden surgir a la vista las diferencias entre las palabras y los hechos, entre la acción y el pensamiento.

Por cualquiera de estas razones pueden alterarse los programas como resultado de aclarar ciertos hechos. Esta relación, sin embargo, es complicada porque, por un lado, no hay una conexión *lógica* entre las falsas creencias sobre el mundo y las valoraciones sobre ellas basadas, y las creencias correctas y las valoraciones que se basan en ellas, por otro lado. Si no fuera por esta complicación, aún sería posible mantener la dicotomía entre

(5) Pero las convicciones también pueden colorear su visión de los "hechos". (Vid. más abajo.)

finés y medios. Si se nos dieran programas basados en creencias de hecho erróneas, podríamos llegar a deducir lógicamente qué programas podrían llevarse a cabo si se corrigieran los errores. Esta es la posición expresada por Max Weber en su estudio sobre la objetividad de la ciencia social (6). De hecho, esto es imposible. La pregunta de cómo reaccionan los individuos y los grupos al cambio de la visión por la realidad, tan sólo puede ser contestada por la psicología y la sociología, no por la lógica.

IV. *Pronóstico determinado por el programa.*

Es obvio que un programa se basa sobre el análisis y el pronóstico, y viene modificado por ellos, aunque no siempre lógicamente. Un programa sin pronóstico es un sueño utópico impotente. Por otra parte, un pronóstico sin programas resulta necesariamente incompleto. El pronóstico depende de los programas de dos formas distintas. En primer lugar y de una manera obvia, los programas de *otros* son datos para el observador y el teórico sociales. Para el científico social las valoraciones, las creencias y los programas, aunque sean disparatados o estén mal concebidos, son los que los hechos físicos y los acontecimientos para el científico naturalista. En segundo término, y quizás de una manera menos evidente, el propio observador y el teórico tiene algo parecido a un programa que determina su análisis y su pronóstico.

a) *Programas como datos sociales.*—El análisis social considera las intenciones y planes de los individuos y grupos como la parte más importante de sus datos. Podemos predecir lo que probablemente ocurrirá bajo condiciones determinadas tan sólo con saber lo que ciertas personas querrán hacer en esas condiciones y con qué medida de éxito actuarán. No son los sistemas de valor en abstracto, ni grupos dados de fines, sino los programas, en tanto en cuanto están apoyados por el poder, los que constituyen un elemento esencial para el análisis y el pronóstico.

Han hecho furia las discusiones predictoras acerca de si la

(6) MAX WEBER, "Gesammelte Aufsätze zur Soziologie und Sozialpolitik", pág. 416; "Political Element", págs. 202-3.

suspensión de los subsidios alimenticios, o una subida de alquileres, o una devaluación, producirían efectos inflacionistas o deflacionistas. La contestación gira casi completamente alrededor del programa y poder de los sindicatos. Si los obreros tratan de obtener salarios reales fijos, los salarios monetarios subirán a consecuencia de esa política y el efecto será inflacionista. Si fijan los salarios en términos monetarios (bien porque estén sufriendo una "ilusión monetaria" o porque sean relativamente débiles), el efecto puede ser deflacionista.

b) *Selección y pertinencia.*—La selección de datos empíricos pertenecientes a cualquier cuestión sometida a examen se somete a un juicio sobre lo que *debería ser* admitido como testimonio aceptable. Las proposiciones de hecho implican requerimientos sobre qué tipo de acontecimientos *deberíamos* esperar en caso de aceptar ciertos puntos de vista sobre el mundo real, y valoraciones acerca de la *posibilidad* de dar crédito a las creencias. Claramente, esos juicios no son de valor moral o político (aunque pueden ponerse en relación con éstos). No es éste el lugar apropiado para el estudio de la naturaleza de esos juicios y normas, pero en algunos aspectos parecen ser juicios de valor normal e imperativos. También ellos requieren una decisión, suponen una selección, y no pueden subsumirse bajo cánones generales claramente definibles. Sobre todo, no pueden derivarse de los hechos, porque sin ellos no hay hechos.

Además el elemento en estos juicios, que se parece a los juicios de valor, prevalece de una manera particular en los estudios sociales. Aquí no puede testimoniarse siempre a voluntad, las situaciones son complejas y a veces únicas, y la experimentación científica casi imposible. Por lo tanto, el ámbito para la apreciación y el juicio es mucho más extenso que en muchas de las ciencias naturales (7).

La importancia de las valoraciones en la formación de hipótesis empíricas aparece aún con mayor claridad al considerar pro-

(7) Estas diferencias, sin embargo, se exageran a veces. En astronomía, no son posibles los experimentos; la meteorología trata de fuerzas complicadas; y las objeciones a los experimentos humanos controlados son parcialmente morales, y no se hallan en la naturaleza de la sociedad.

nósticos de probabilidad en forma de proposiciones estadísticas. En primer lugar, la decisión de qué desviaciones, en un grupo dado de observaciones, de una hipótesis de probabilidad deberían considerarse como refutadoras de esa hipótesis, es totalmente independiente de las observaciones y está determinada totalmente por el uso que damos a la hipótesis. El propósito de nuestra investigación determina, pues, la decisión de aceptar o rechazar una teoría empírica.

En segundo término, cuando nos enfrentamos con la elección entre pronósticos estadísticos alternativos, necesitamos un programa para seleccionar el mejor de entre ellos. Tal programa es el formulado por Wold, que es equivalente al teorema de Neumann-Morgenstern en la teoría de los juegos, según el cual escogemos el pronóstico hipotético susceptible de proporcionarnos la menor pérdida en caso de que resulte falso. El principio de *la seguridad primero* nos pide que reduzcamos a un mínimo el máximo de posibles pérdidas. Mirando los acontecimientos naturales futuros como si fueran un jugador en una partida, podemos aplicar la estrategia de Neumann-Morgenstern a la selección de pronósticos empíricos. Así, la valoración de pérdidas y ganancias es un prerequisite esencial para la predicción, cuando se tienen hipótesis de probabilidad alternativas. En palabras de R. B. Braithwaite, "... no podemos ser buenos, o al menos deliberadamente buenos, sin ser sabios. Los modernos principios de inferencia estadística nos muestran que, viceversa, los juicios de valor están, en último análisis, inextricablemente relacionados con la elección del mejor camino hacia el conocimiento científico: no podemos ser sabios sin hacer juicios sobre el bien y el mal" (8).

c) *Modelos y conceptos: el problema de los números índices.*— Todos los conceptos son abstracciones. Son normativos, no solamente en el sentido tan discutido recientemente, de que pueden tener significaciones emotivas y pueden utilizarse para persuadir o recomendar, así como para describir, sino también en el sentido más fundamental de que una norma o juicio tiene que determinar qué objetos o experiencias han de ser agrupados conjuntamente bajo

(8) R. B. BRAITHWAITE, "Moral Principles and Inductive Policies", *Proceedings of the British Academy*, XXXVI (1950), 65 ss.

un concepto dado. Lo que en economía y estadística se conoce bajo el nombre de problema de los números índices es un problema común a todo el pensamiento. Pero las dificultades se hacen especialmente visibles tratándose de las ciencias sociales. La cuestión surge cuando tomamos por cosas concretas lo que de hecho son teorías o modelos, olvidando así que hay normalmente una *selección* de teorías alternativas o patrones que explican un grupo dado de experiencias.

Ejemplos de la confusión causada por esta equivocación son modelos tales como "Hombre contra Naturaleza", "Renta Social Real", "Consumo", "la Economía", etc. Un ejemplo particularmente apto es el mismo patrón fines-medios. Al arreglar y presentar los hechos de determinada manera, quedan ya implícitas cuestiones de política que no se habrían presentado si se hubiera escogido un patrón diferente. (Véase sección d).

Esto mismo es cierto para todos los conceptos importantes de la economía. Decir algo, no meramente sobre precios, salarios reales, renta nacional, etc., sino, por ejemplo, sobre las consecuencias económicas de la guerra, sobre las perspectivas económicas de un país, casi todo lo que se diga sobre capital —ideas que normalmente tienen un contenido emocional muy pequeño— implica, sin embargo, *hacer una selección*, y consecuentemente *una valoración*, aun cuando este hecho con frecuencia es ocultado por nuestros equívocos patrones para los objetos concretos.

La literatura está llena de declaraciones que las comparaciones entre los aprovechamientos obtenidos por diferentes hombres no pueden ser hechas por economistas positivos, porque tales comparaciones son juicios de valor. Sin embargo, utilizando apropiadamente términos pseudo-positivos que den por supuesto lo que está bajo discusión, por ejemplo, modelos con valoraciones implícitas disfrazadas de conceptos descriptivos, las valoraciones reaparecen. Así, poco después de decir Jevons solemnemente: "jamás se ha dado, ni en un solo ejemplo, el intento de comparar la medida de sentimiento en una mente con la de otra" (*Theory of Political Economy*, p. 14), habla cándidamente de funciones psicológicas totales y medias, correspondientes a grupos de gente, naciones o equipos comerciantes, como si lo imposible fuese, al final, posible. Análogamente, modernos economistas del bienestar hablan de au-

mentos de la renta social y el bienestar después de haber declarado firmemente que las comparaciones interpersonales de renta real y bienestar son imposibles.

En algunos casos es, desde luego, posible establecer una regla definida para eliminar la ambigüedad. Pero incluso entonces la decisión estará guiada por el *propósito* de nuestra investigación, por la pregunta que nos estamos haciendo. Hemos de estar preparados a modificar la regla según los requerimientos de nuestro *interés*. La cuestión es que los conceptos y proposiciones hasta de las investigaciones más puramente empíricas derivan su significación y sentido de un propósito, un interés, y suponen una elección y, consiguientemente, una valoración.

“Renta nacional” carece de sentido, a menos que especifiquemos si estamos interesados en una sociedad desarrollada o poco desarrollada, con poca o mucha actividad estatal, en la capacidad de producción de una nación, su nivel de vida, su igualdad, etc. “Capital” no tiene sentido si no sabemos si el investigador es un contable, un hombre de negocios o un teórico puro que postula el equilibrio. Sin embargo, hay muchos que hablan de “renta nacional”, “capital”, etc., como si estuvieran hablando de galones de agua.

Todo esto puede parecer demasiado obvio para que sea necesario decirlo. Pero es que está muy extendida la opinión de que podemos limitarnos al descubrimiento de los hechos y así evitar la elección y la valoración.

d) *Inadecuación del plan medios-fines.*—En el análisis social, las valoraciones entran no sólo en el momento último (o inicial) de las decisiones relativas a grupos de fines dados, sino en todo momento. La gente no da valor solamente a los fines últimos (sea lo que fuere lo que esto pueda significar); y no se muestran indiferentes entre los medios que promueven estos fines, aun cuando los medios sean técnicamente y de otra manera exactamente equivalentes.

Es importante que se evite aquí una confusión terminológica. Desde luego, es posible *definir* cualquier cosa a la que se atribuya valor como un “fin”. Pero este truco no estaría a la altura del propósito para el que se construyó la dicotomía medios-fines. Como hemos visto, se hizo con la intención de circunscribir una

esfera neutral en la que pueden hacerse declaraciones objetivas, y en la que no entran valoraciones. Pero si los valores están unidos a los medios, las condiciones requeridas por la aceptación de los fines se hacen necesarias en cada momento. Si el fin E puede llevarse a cabo siguiendo las direcciones a , b y c y si no se adscriben valores directos a a , b y c , es posible una discusión científica de estas direcciones, que se abstrae completamente de las valoraciones: cuánto tiempo necesitan, con cuánta efectividad promueven E , qué otros resultados E_1 , E_2 , etc., pueden obtener además de E , etc. Es entonces posible llegar a la conclusión, digamos, de que a es la dirección más efectiva si se desea E y si E_1 , E_2 , etcétera, no tienen fuerza suficiente para disuadir (o subproductos insuficientemente deseados). Este es el patrón comúnmente contemplado por los practicantes de la economía.

Pero este procedimiento ya no permanece abierto si se adscriben valores directos a a , b y c . Porque entonces tan sólo podemos decir, tautológicamente, escoja a si desea usted a , escoja b si desee b , etc., mientras que antes podíamos decir: escoja a , pero no b o c , si desea usted E . Puesto que la cláusula hipotética referente a la valoración ha de introducirse en cada uno de los momentos, el análisis empírico desaparece completamente.

Los siguientes supuestos, totalmente sin garantía, se requerirían si tuviéramos que discutir objetivamente los medios en relación con fines "dados":

1. La gente no adscribe a los medios valor directo, sino solamente valor instrumental.
2. La gente adscribe a los fines solamente valor directo, y jamás los considera como medios para otros fines.
3. Tan sólo tienen valor directo entre los efectos de los medios los de los fines "dados".

Muy raramente se puede alcanzar exactamente el mismo fin por medios alternativos, totalmente indiferentes políticamente. Los medios afectan al "fin" en el más amplio sentido. Mientras que el patrón medio-fin, para que sea útil, ha de suponer que se puede alcanzar el mismo lugar por caminos alternativos (véase sección e); de hecho, distintos caminos normalmente conducen a distintos lugares en este campo. Este hecho limita grandemente la esfera en la que el pronóstico puede avanzar sin suponer o

comprometerse casi todo el tiempo en valoraciones específicas. Reduce el reino de la "neutralidad" y la "objetividad", tal como lo han definido los protagonistas de la teoría de los medios-fines.

Para dar un ejemplo: Si el consumo fuera el único fin, y si la producción y el cambio fueran los únicos medios de lograrlo, se podrían dar algunas reglas sobre las condiciones óptimas de producción y cambio. La formulación de estas reglas ha sido el objetivo de una importante rama de la economía tradicional del bienestar. Pero el hecho perturbador es que ni las condiciones en que se lleva a cabo la producción, ni las relaciones generadas por el intercambio, son puramente instrumentales. Son condiciones *humanas* y relaciones *humanas*, que se valoran tanto, y en algunos casos más que el fin de consumo. Ni tampoco, naturalmente, es el consumo *simplemente* un fin dado. No solamente existen maneras buenas y malas de ganar dinero, sino que también maneras buenas y malas de gastarlo.

Lo que antecede ha sido un intento de criticar el patrón medios-fines en su propia terminología. Una manera distinta de enfocar el problema, tendiendo a la misma conclusión, puede exponer el argumento con más claridad (9). En este punto de la cuestión alguien puede replicar: "Concedido que los problemas de política como un todo no pueden reducirse al patrón medios-fines. Sin embargo, los problemas de medios-fines están presentes en todas partes, si bien siempre comprenden abstracciones de la situación total, y son los únicos que un economista como tal tiene competencia para tratar. Además, con seguridad que no todos los dictámenes de un economista serán dictámenes de política. Si esto es así, ¿cómo se relacionan las partes puramente descriptivas de su análisis con la parte de política?"

Los que encuentran útil el patrón medios-fines miran los problemas de política económica como si fueran, en principio, algo así como rompecabezas. Existe la diferencia obvia de que los rompecabezas se construyen por unas personas con objeto de que los resuelvan otras, lo que no sucede normalmente con los problemas de política. Pero en ambos casos, concedidas las premisas

(9) Vid., T. D. WELDON, *The Vocabulary of Politics* (Penguin, 1953), especialmente cap. 3, sección 7 y cap. 5.

congruentes, siempre hay una solución "correcta". Siempre hay una prueba "científica" no ambigua sobre si hemos resuelto el rompecabezas. Así, si el fin es, por ejemplo, evitar más del dos por ciento de paro durante cinco años, los estadísticos nos pueden decir si hemos tenido éxito o no. Sin duda alguna, muchos problemas de política económica son de este tipo.

Si todos los problemas de política fueran de esta clase, no se podría decir mucho más en principio. Algunos, los tecnócratas quizás, creen que son así. Es ciertamente tentador asimilar todos los problemas a este tipo, y decir que un problema ha sido resuelto cuando han sido obedecidas ciertas reglas ideales. Pero la cuestión, por ejemplo, de si la evitación del paro debiera ser un objetivo primario de política, es completamente diferente. Podríamos, efectivamente, decir que la ausencia de paro disminuye las posibilidades de rebelión social y que ha de recomendarse solamente sobre esta base. Considerándolo así como un mero medio, los estadísticos probablemente podrían decirnos de nuevo si esto es cierto o no. Muchos fines son, al menos parcialmente, fines intermedios en este sentido. Y algunas teorías sostienen que todos los problemas podrían subsumirse en un único fin último. Pero esta no es una opinión plausible.

Si creemos que el paro desarrolla la miseria y la pérdida de dignidad humana, y que va en contra de nuestra creencia en la hermandad entre los hombres, pero que en una cierta medida puede a veces ser necesario para evitar mayores males, no se podría formular un simple criterio que mostrase si, al evitar el paro, hemos acertado. Sin embargo, y aun cuando no podemos aplicar fórmulas simples y definidas y presentar una solución "científica", la respuesta no es arbitraria. Podemos aprender a *juzgar* y a *apreciar* estas materias a través de la conversación, la observación y la experiencia.

Aunque los juicios de valor entran en nuestro juicio de la situación, no son del tipo de "fines" como los del patrón resolución de rompecabezas. Una buena parte del razonamiento político y económico no es ni puramente descriptiva, ni tan sólo persuasión retórica emotiva, ni una combinación de ambas. Es más bien algo así como el ejercicio de una habilidad, o de un arte, algo así como tocar el piano, dar una conferencia o escribir un poema.

El aspecto estrictamente científico de la discusión política, tal como está definido por los dicotomistas de los medios-fines, es comparable a la teoría de la habilidad: establece reglas precisas, fórmulas claras. Pero la mejor teoría puede no producir ni una realización hábil ni un buen juicio de una realización. Una realización hábil puede no ser probada mediante normas enérgicas y rápidas, ni es tampoco una decisión arbitraria o subjetiva el que la juzgamos bien o mal.

Un economista, como un novelista, es bueno no porque a) conoce los hechos, y b) posee los juicios de valor (políticos o literarios) exactos. La contestación a la pregunta ¿cómo sabemos que se trata de un buen economista o novelista?, cualquiera que pueda ser (y no es una contestación fácil), ciertamente no será "porque su obra sigue ciertos cánones definidos".

El análisis y el pronóstico y su apreciación son habilidades que no siempre pueden someterse a las reglas del juego de los medios-fines. Aun cuando inevitablemente comprenden juicios que tienen algunas de las características de las valoraciones, no son por esta razón "subjetivos", arbitrarios, o meras cuestiones de gusto.

e) *Consecuencias para la economía del bienestar.*—Existen, hablando en términos generales, dos versiones modernas de la economía del bienestar social, la Paretiana y la Bergsoniana. Ambas versiones dependen, en cierta medida, de la validez del patrón medios-fines. Las condiciones óptimas de producción y de cambio paretianas se estiman —en las formulaciones más modestas— condiciones necesarias, si bien insuficientes, para un óptimo económico, sobre ciertos supuestos adicionales que no es preciso enumerar.

Si se rechaza el modelo resolución de rompecabezas, según el cual las recomendaciones de medios se transforman en una cuestión meramente técnica, y si se adopta el enfoque más empírico sugerido en la sección anterior, carece de objeto hablar de un óptimo económico o social que se logra si se cumplen ciertas condiciones especificables; y, sin embargo, tiene significación y es importante hablar de mejoras.

Pero las condiciones paretianas son condiciones *necesarias* solamente si estamos preparados para hablar de un "óptimo" (en ciertos supuestos). Si rechazamos la aplicabilidad de un "óptimo",

es perfectamente posible, aun concedidos los rigurosos supuestos de esta teoría sobre valores y hechos, contemplar todo género de mejoras que no reúnen las condiciones de los criterios paretianos. Tales mejoras serían todas las redistribuciones de riqueza que no autorizasen compensación de los que perdiesen. Los criterios de Pareto resultarían no solamente insuficientes, sino también innecesarios.

Análogamente, la función de bienestar social es un instrumento que lleva a cabo una ordenación de todos los posibles estados necesarios. Dada una función de bienestar social, la solución del óptimo es como la solución de un rompecabezas, aunque pueda requerir un mayor virtuosismo técnico. Pero nunca se da una función social, en ningún caso en una sociedad democrática. Jamás ordenamos todas las posibles situaciones totales con arreglo a un sistema de valores, sino que más bien tenemos confusas preferencias por aspectos y características de un número limitado de situaciones reales y posibles. Estas preferencias cambian como resultado de la discusión y adopción de políticas tendentes a realizarlas.

Si el economista ha de aconsejar en situaciones concretas, es más práctico para él pensar en términos de *mejoras* que en términos de ideales u *óptimos*. Nadie sabe realmente cómo es un sistema económico óptimo, pero muchos pueden hacer sabias propuestas de mejora. El engaño del patrón medio-fin reside en la creencia de que "mejora" siempre implica lógicamente un "óptimo" o "ideal". Puede ser, si juzgamos el cambio con referencia a un ideal dado, tal como el número de respuestas acertadas en una interrogación en la que las únicas alternativas son "Sí" o "No". Pero "mejora" no necesita implicar "óptimo", como puede mostrar el ejemplo de escribir un buen artículo. Un artículo jamás está terminado; *siempre* queda ámbito para mejorar. Nadie puede establecer criterios y decir: "Así es como debería ser el producto-fin". Porque sería estúpido negar que siempre hay medios de saber cuándo ha sido mejorado. La equivocación de acomodar el "buen artículo" dentro del esquema de la interrogación o encuesta es análoga al error de acomodar todas las políticas económicas dentro del patrón medios-fines.

f) *Prejuicios*.—Hasta ahora hemos estudiado algunas de las

formas en que el análisis y el pronóstico dependen de y presuponen juicios, valoraciones y programas, sin embargo, resultan necesariamente tergiversados por ellos. Pero hay numerosas interpretaciones de hechos en la teoría social cuya función no es aclarar confusiones, o mostrar incongruencias, sino por el contrario, justificar creencias incongruentes, resolver contradicciones. Muchos y muy conocidos tipos de pronóstico social se hallan influidos de una manera más o menos consciente, hasta el punto de justificar valoraciones y la conducta que resulta de ellas.

Dos reacciones son posibles cuando se señalan contradicciones dentro de un programa o entre el programa y ciertos hechos: o bien se modifica el programa de acuerdo con una mayor y más racional comprensión, o la creencia con respecto a los hechos se modifica de forma que se ajuste al programa. Los pronósticos que se usan para justificar programas de esta manera pueden ser manifestaciones de "lagunas", prejuicios, influencias o, con mayor grandiosidad, ideologías. La tergiversación puede ir desde las mentiras vocingleras hasta las diversas categorías de pensamiento que, si los sociólogos tienen razón, están condicionadas por nuestros intereses y valoraciones.

En este estado, las filosofías de la ley natural y del utilitarismo se vuelven del revés. Según estas dos filosofías se pueden obtener valores y reglas de la contemplación de los hechos, el orden natural según la primera, la felicidad o el bienestar según la última. Pero hoy día estamos más inclinados a creer que es posible, y quizás inevitable, que nuestros valores y normas determinen la manera en que enfocamos, vemos, ordenamos e interpretamos los hechos. No se trata tanto de que los valores se sigan de "la naturaleza del caso", como de que lo que nosotros creemos ser la naturaleza del caso se siga de nuestros valores.

Aun cuando en algunos casos un examen racional de las ideas políticas pueda hacerlas más eficaces al basarlas en un mejor conocimiento de los hechos, en otros casos el examen racional, o más bien pseudo racional, las convierte en ideologías estériles. Pero su fuerza sobre la naturaleza irracional de los hombres puede aumentarse con esto. Uno de los hechos más importantes de la vida social es que la gente es con frecuencia altamente irracional.

Los críticos de los sistemas abstractos, racionalistas en econo-

mía, han señalado durante más de cien años las premisas de valor político e histórico que son la razón fundamental de este tipo de teorización, sin, no obstante, poner en claro dónde buscan el punto de Arquímedes sobre el cual levantar su propia teoría —la crítica institucional o histórica— por encima de la ideología. Parece que el camino hacia un estudio de la economía libre de prejuicios se basa en el conocimiento de las propias valoraciones históricas, políticas, institucionales y morales, y así en un abierto reconocimiento de las limitaciones de cualquier teoría, incluida la propia. Paradójicamente, al abandonar la pretensión de absolutismo, universalidad y ciencia “pura”, se abre el camino hacia un enfoque del estudio de la sociedad más limitado, pero también más racional, más modesto, pero también más objetivo. Algunos de los problemas que plantean las ideologías se estudian con mayor amplitud en la sección 7.

V. *Interdependencia entre programa y pronóstico.*

Resulta, por consiguiente, que los programas se modifican a la luz de los pronósticos, pero que los pronósticos también dependen de los cambiantes programas y se alteran con ellos. Las valoraciones dependen de los cambios que nosotros creamos factibles. Pero las “constantes” que determinan lo que es factible pueden, a su vez, resultar alteradas por las valoraciones de la gente. La fe puede mover las montañas.

Es, por consiguiente, imposible tomar bien los fines, en tanto en cuanto forman parte de programas, tal como vienen “dados” independientemente del análisis de medios, o bien postular un análisis “puro” de medios, una ciencia de la ingeniería social. Los programas dependen de los pronósticos, que a su vez dependen de los programas, etc. Se ha dicho que el conocimiento público del análisis keynesiano retira el mundo que Keynes analizó, y que la práctica con éxito del marxismo retira las condiciones a las que se dedica el análisis marxista.

A continuación trataré de dar unos cuantos ejemplos de la forma en que el pronóstico altera los programas, cuya transformación a su vez modifica el pronóstico.

a) *Profecias: cura mediante pronóstico.*—El pronóstico puede servir al programa de cambiar la forma de vida (los programas) de otros. Los más antiguos ejemplos de esto son los intentos de reforma de los profetas del Viejo Testamento. El pronóstico de Jonás fué la destrucción de Nínive a los cuarenta días. El programa de Dios sobre Jonás no era convertirle en un predictor con éxito, sino corregir la manera de vivir de la gente de Nínive. Como resultado del pronóstico de Jonás, este programa se cumplió. Incidentalmente, el pronóstico de Jonás fué falsificado, lo que puede haber contribuido a su enfado.

En la misma tradición de cura mediante pronóstico figuran las interpretaciones de la historia de Hegel, Marx, Spengler y quizás Toynbee. En algunos casos la cura reside en el cumplimiento del pronóstico (Hegel, Marx), en otros consiste en su falsificación (Spengler, Toynbee). Estas interpretaciones contienen análisis y pronósticos, viniendo ambos determinados por programas sociales y determinándolos ellos a su vez.

El pronóstico no necesita estar fundamentalmente inspirado por la intención de mejora, pero no obstante puede surtir este efecto. Los estudios de Booth y Rowntree establecieron ciertos hechos relativos a la pobreza en Inglaterra. Como resultado de este conocimiento las conciencias se pusieron en movimiento. Pero los métodos que se utilizaron para aliviar la pobreza, juntamente con el aumento general del nivel de vida, condujeron a una nueva interpretación de la pobreza. El nivel de pobreza, es decir, el nivel condenado por la opinión pública, subió al aumentar el nivel de vida. O, para explicarlo de otra manera, el análisis y la acción para aliviar la pobreza produjeron un nuevo aspecto de pobreza: se consideró que consistía no solamente en la indigencia, esto es, la imposibilidad de permitirse el mínimo físicamente esencial, sino también en la desigualdad. La pobreza, esto ya está claro, es parcialmente relativa, aunque no enteramente, puesto que es posible que todos sean *igualmente* pobres. La idea de lo que constituye la pobreza ha cambiado como resultado de una investigación sobre la pobreza y de un intento de reducirla.

Otros ejemplos del mismo proceso son el estudio de Myrdal sobre las condiciones de los negros en los Estados Unidos, el estudio de Ferguson y Cunnison sobre la delincuencia juvenil en

Glasgow (10) y los informes sobre las condiciones de vida en los países pobres.

b) *Pensamiento peligroso: destrucción a través del pronóstico.* En otros casos el pronóstico produce el efecto de destruir algunos de los valores, y, en consecuencia, algunas de las relaciones sociales sobre las que está basado. Frecuentemente esto ni ha sido previsto ni deseado por los pronosticadores. Efectivamente, con frecuencia propuestas basadas sobre pronósticos dejan de producir los resultados que se esperaban de ellas, precisamente porque el pronóstico altera los datos sobre los que se basa.

Un ejemplo sencillo serían las teorías que suponen la "ilusión monetaria" por parte de los asalariados. Los obreros se oponen a una reducción de los salarios monetarios mientras los precios son constantes, pero no a una subida de precios con salarios constantes. Tal teoría puede hacer por sí misma a los obreros más preocupados de su salario real.

Hay un elemento de erosión en casi todo aumento de conocimiento sobre las relaciones sociales. Una buena parte de nuestra conducta es habitual, semi-instintiva, sometida a tabús y convencionalismos. El análisis, que se basa sobre el supuesto de que la gente se conduce de esta forma, saca los tabús y los convencionalismos a la luz, aumenta el conocimiento de la gente sobre ellos, y lleva al deseo de una manipulación consciente. Pero la manipulación destruye el material sobre el que, de acuerdo con el pronóstico inicial, ha de trabajar. El precio por comer del árbol de la ciencia es la pérdida del Paraíso.

Se han producido algunas objeciones contra un conocimiento demasiado extenso de la manera de operar la propia psique. En economía, el conocimiento del carácter convencional, cuasi-irracional de la competencia condujo a los acuerdos monopolísticos; el conocimiento de las reglas exteriormente impuestas del juego del patrón oro condujo al deseo de cada nación de ser dueña de su propio destino; y, en general, un mayor conocimiento de la red de relaciones económicas condujo al deseo de manipularla, y así a

(10) T. FERGUSON y J. CUNNINGHAM, *The Young Wage-Earner: A Study of Glasgow Boys* (Oxford University Press, 1951).

su desintegración. Una organización creciente por los individuos y los grupos condujo a una desorganización creciente al final.

Los efectos sociales del control de la natalidad, del divorcio, del control de la propiedad, mercados, precios, divisas, y el uso de la propaganda, todo ello resulta de un conocimiento creciente y de una falsificación en aumento. Los ajustes automáticos de la sociedad liberal presuponían la aceptación de la conducta tradicional, y ausencia del deseo de investigar, experimentar y controlar racionalmente. Un pronóstico con éxito parecía hacerlo innecesario para ajustarnos al mundo, y creaba el deseo de ajustar el mundo a nuestros deseos. Pero el efecto acumulado fué la producción de una situación social completamente nueva, el ajuste a la cuál es más problemático que nunca (11).

Hemos visto antes que la teoría marxista, como la profecía, es un pronóstico que tiene por objeto crear una acción. La teoría y práctica de la planificación del estado moderno, por otra parte, es un intento de oponerse a las tentativas desintegradoras de un número creciente de unidades de planificación racional, pagadas de sí mismas y cultivando en aumento esta tendencia. (Alguna de estas tentativas son en sí mismas intervenciones estatales.)

Es posible obtener diferentes conclusiones de esta tendencia. Algunos podrán argüir que "un conocimiento demasiado extenso es mala cosa". Hay diversas versiones del concepto japonés de "pensamiento peligroso", y casi todas las sociedades tratan de protegerse en cierta medida mediante la restricción de la libre discusión en lo que se refiere a sus instituciones más sagradas. Otros podrían afirmar que la tendencia es inevitable y descable. Lo que se necesita es más conocimiento, esto es, conocimiento que tenga en cuenta esos efectos socialmente desintegradores del conocimiento parcial (12). Pero estas cuestiones no son las que me preocupan ahora.

c) *Armonía mediante el pronóstico.*—En muchas teorías se cree que una mayor comprensión de los hechos conduce a una

(11) Vid., MYRDAL: "The Trend Towards Economic Planning", Manchester School. (Enero, 1951.)

(12) Países socialmente aduherados como Inglaterra, donde la gente sabe que las instituciones pueden desgastarse, con frecuencia se niegan a admitir consideraciones racionales para desgastarlas.

mayor armonía social. Esto es indudablemente así en todas las teorías que consideran el mal como una forma de ignorancia. Pero aunque muchos creen en tal teoría implícitamente, muy pocos lo hacen cuando se plantea explícitamente.

Sin embargo, está claro que el conocimiento *puede* contribuir a la armonía social, y con frecuencia lo hace. Puede hacer desaparecer la oposición basada sobre falsos puntos de vista respecto de la realidad, y una buena parte de la oposición de hecho tiene este origen. Puede exponer de una manera más clara las consecuencias de normas comúnmente aceptadas (13), y puede contribuir a la formulación de normas comunes (respeto por la investigación hecha con probidad, tolerancia, etc.) En muchas situaciones, incluso cuando están en conflicto intereses a corto plazo, puede mostrarse que la cooperación es en interés de todos, porque de esta manera se podrían hacer efectivos amplios beneficios potenciales, de los cuales se podrían beneficiar todos los miembros del acuerdo (14). Toda una teoría de la economía del bienestar ha sido levantada sobre este argumento.

Por otro lado, un mayor conocimiento puede también agudizar los conflictos. La armonía puede basarse sobre el pensamiento con-

(13) Para una expresión reciente de este punto de vista, vid. MILTON FRIEDMAN, en *A Survey of Contemporary Economics*, II, 456: "Me atrevo a aventurar el juicio de que corrientemente en el mundo occidental, y especialmente en los Estados Unidos, las diferencias sobre política económica entre ciudadanos desinteresados derivan, fundamentalmente, de predicciones distintas sobre las consecuencias de emprender una acción, diferencias que en principio pueden ser eliminadas por el progreso de la economía positiva, más que de diferencias fundamentales respecto de los valores básicos, diferencias sobre las que, en última instancia, los hombres tan sólo pueden luchar."

(14) Este, naturalmente, es el argumento clásico del principio de la mayor felicidad, del libre comercio, etc. Al comentar sus términos comerciales para la imposición de una tarifa, Edgeworth citó con aprobación una observación de J. S. Nicholson de que ciertas demostraciones son "parte de la casuística de la economía, como las discusiones de los filósofos morales relativas a la justificación ocasional de la mentira. El libre comercio, lo mismo que la honradez, sigue siendo la mejor política". R. W. STEVENS, "New Ideas in International Trade Theory", *American Economic Review*, junio, 1951, p. 375, nota.

fuso, y los conflictos pueden ser expuestos a la luz por el hecho de poner las cosas más en claro. De una manera especial puede resultar aumentada la resistencia a hacer sacrificios para lograr objetivos aceptados. Todo el mundo desea la paz, el pleno empleo, la felicidad y la prosperidad para todos. Pero no todo el mundo está dispuesto a hacer lo que sea necesario para lograr esos objetivos.

Además, el conocimiento de los medios apropiados da fuerza. Dados unos valores divergentes, una visión más clara de las políticas, puede, por consiguiente, agudizar los conflictos. Los programas sostenidos por el conocimiento serán más poderosos y, para los que no los acepten, más peligrosos.

Las encuestas sobre la opinión pública son un ejemplo sencillo de cómo una cierta clase de conocimiento (a saber, de las opiniones de otras gentes) puede bien aumentar o bien reducir el acuerdo. El conocimiento de la forma en que están distribuidos los votos puede hacer que algunas personas den sus votos a la mayoría, y puede inducir a otras a apoyar a la minoría.

Decir más sobre la relación entre el conocimiento social y la armonía social requeriría supuestos sociológicos específicos. Aquí debe resultar suficiente hacer notar que las filosofías totalitarias postulan un único programa rígido que no debe ser sometido a modificaciones. El pronóstico tenderá a tomar la forma de una ideología: no mostrará las grietas que pueda haber en el análisis, sino que más bien tratará de disimularlas con objeto de justificar el programa.

Pero este punto de vista no está limitado a las filosofías totalitarias. Programas que no pueden ser modificados por el pronóstico se encuentran en cualquier sistema utópico de teoría política. El patrón medios-fines se ajusta mejor a estos puntos de vista. Según la doctrina liberal de la armonía última de los intereses, bien sea en su versión de la ley natural o en la del utilitarismo, los conflictos son consecuencia de la ignorancia, mientras que el conocimiento debe promover la armonía.

Pero un examen más detenido muestra que el aspecto armónico de estas teorías, de hecho es ideología. Normalmente son la formulación de las aspiraciones de un grupo *particular* (exportadores, fabricantes, por ejemplo, que defienden el libre comercio) que se presentan como de interés *general*. Conceptos ideológicos tales co-

mo servicios públicos, placeres, renta social, etc., se utilizán para postular la armonía donde de hecho existe un conflicto.

En tiempos de crisis o de guerra, incluso en una democracia política, se acerca la situación determinada por un único programa, generalmente aceptado, y la dicotomía medios-fines se convierte en un supuesto plausible. Pero en una sociedad democrática, en tiempo de paz de al menos un moderado grado de prosperidad, los programas y la fuerza que se agrupa tras de ellos están en conflicto y dispersos; y los pronósticos y los programas se vuelven intrínsecamente inter-conexos, en una forma que no puede ajustarse al patrón medio-fin. En una sociedad que valore la investigación independiente y los programas que se basan en esa investigación, y en la cual el conocimiento está ampliamente extendido, los programas dominantes se modificarán en la dirección que marque una mayor eficiencia y congruencia, si bien no necesariamente una mayor armonía. Como resultado, es probable que las tendencias sociales futuras se alteren y los pronósticos tengan que ser modificados. A la luz de este conocimiento revisado de los programas serán alterados de nuevo, resolviéndose algunas tensiones y creándose otras.

Todos los grupos tendrán conocimiento de la posibilidad de que sus programas puedan ser alterados por las nuevas situaciones, y de que pueden ser limitados por las aspiraciones de otros. Los programas dictatoriales pueden estar justamente reflejados en el patrón medio-fin. Pero los programas democráticos son fragmentarios, empíricos y elásticos. El patrón medio-fin no se ajusta a ellos.

d) *Especulación y oligopolio*.—Las actividades estrictamente económicas que ilustran esta interdependencia de una manera más clara son la especulación y el oligopolio. Aquí el programa consiste en obtener beneficios. El pronóstico se refiere a las intenciones y a la conducta de otros (especuladores rivales o vendedores rivales). Todo especulador y oligopolista hábil tiene en cuenta la manera en que las esperanzas de otros (sus pronósticos) se ven afectadas por las intenciones de otros (sus programas), incluyendo la suya propia. El pronóstico de A, y por lo tanto el programa de A, es función de los pronósticos y programas de B, C, D, etc. el pronóstico y el programa de B son función de los de A, C, D, etc., y así sucesivamente. Cualquier pronóstico afecta a los programas, y cualquier programa afecta a los pronósticos. Las políticas son

sensibles si ciertos hechos son ciertos; pero el que sean ciertos depende de si la gente persigue ciertas políticas (15).

VI. *La tarea de las ciencias sociales.*

¿Qué resulta de todo esto con relación a la tarea del científico social? No se sigue que la ciencia social sea imposible o que deba sumergirse de golpe en las valoraciones y las ideologías. Todo lo contrario. Para ser útil y sincero, el científico social, y de una manera especial el economista, debe partir de las actitudes políticas reales de la gente, o grupos de gente, no de sus racionalizaciones y de sus ideologías pseudo-teóricas. Debe abandonar la especulación sobre el "bienestar general", "satisfacciones máximas", etc., por dos razones al menos: primero, porque estos conceptos no presentan claras consecuencias y se prestan fácilmente a interpretaciones implícitas y definiciones persuasivas; segundo, porque incluso si presentasen claras consecuencias, las valoraciones concretas reales no tienen nada que ver en absoluto con ellos.

El punto de partida del análisis debe estar formado por valoraciones concretas en situaciones históricas concretas, o en posibles situaciones que pudieran surgir, y las actitudes que los reflejan. Los programas políticos no son suficientemente buenos. También ellos encierran racionalizaciones vacías tales como "bienestar general"; y están condicionados por el deseo de alcanzar "fórmulas aceptadas" y ocultar con disimulo el desacuerdo. Ni los programas de los partidos de los Estados Unidos, ni los de los

(15) El punto de vista de sentido común de que las reacciones de la gente ante los pronósticos (que se hacen públicos) puede, si bien no necesariamente, falsificar tales pronósticos, y que por lo tanto los científicos sociales deben mantener la esperanza de hacer sus predicciones, por lo menos algunas veces, y quizá normalmente, en público y correctamente (aunque estas predicciones puedan ser diferentes de las hechas en privado, porque tienen que tener en cuenta sus propios efectos sobre las acciones de la gente) ha sido rigurosamente y elegantemente probado por EMILE GRUNDBERG y FRANCO MODIGLIANI en "Predictability of Social Events", *Journal of Political Economy*, diciembre, 1954.

partidos de Inglaterra podrían ofrecer una base suficientemente concreta para el análisis.

Por otra parte, el científico social tampoco debe convertirse en "exclusivo contemplador de conductas". La conducta observada de los grupos en situaciones reales no constituye guía suficiente para la formulación de actitudes políticas concretas. Ciertamente es un sistema parcial de descubrir actitudes, pero no descubre la cuestión por entero. Las actitudes pertinentes que han de descubrirse pueden referirse también a la disposición para actuar de ciertas maneras en el futuro, y bajo diferentes condiciones. Y puesto que estas reacciones potenciales no pueden ser *lógicamente* deducidas de las reacciones presentes, un método totalmente diferente se autosugiere. Es la función de la psicología social o de grupo de intentar la unificación de las reacciones de grupo bajo algo que es análogo al carácter o la personalidad en la psicología individual. No existe aquí antropomorfismo si es posible descubrir y predecir regularidad y unidad en las reacciones de los grupos ante diferentes situaciones potenciales y reales. Las actitudes políticas así delineadas pueden así producir premisas de valor que son lo suficientemente concretas para utilizarlas en el análisis y el pronóstico.

El delinear esta unidad no es cuestión, ciertamente, de buscar funciones de bienestar "dadas", grupos de fines, etc. Es más bien algo así como el ejercicio de una imaginación artística y de una comprensión simpática, en lugar de parecerse a la resolución de rompecabezas, si bien la resolución del rompecabezas tiene también su papel que desempeñar. Así se confirman las conclusiones de la Sección 4 (d): los problemas de política económica tienen mucho en común con los problemas de producción artística, así como con los problemas de ingeniería.

Algunas de las dificultades estudiadas en las secciones anteriores prevalecerán, de una manera especial:

1. Los valores están unidos a los medios, y a las consecuencias incidentales, así como a los fines.
2. Será difícil separar las valoraciones declaradas de las reales.
3. La transición debe tener lugar partiendo de las valoracio-

nes derivadas de falsas creencias sobre la realidad, hasta las valoraciones derivadas de creencias exactas.

Así la ideología puede penetrar en la teoría de la personalidad o en el carácter de los grupos. Puesto que la unidad de la personalidad del grupo no es ni de lógica deductiva ni de observación completa, sino en parte, al menos, de comprensión intuitiva, el ámbito para el prejuicio y la controversia se ensancha. Así una teoría inadecuada basada sobre una visión correcta de las actitudes sociales parece ser preferible a una teoría lógicamente perfecta basada sobre una visión completamente falsa, por ejemplo, la dicotomía medio-fin.

La creciente complejidad de la vida social, y la importancia también en aumento de los grupos de control, tales como monopolios, corporaciones públicas, sindicatos, entidades planificadoras de distintos tipos, etc., cuyas actividades están substituyendo a los ajustes más convencionales y automáticos del pasado, hacen que sea más importante el estudio de las valoraciones que fundamentan las acciones de estos organismos. En este análisis habría que tener en cuenta la probable recepción de nuevas teorías y sus repercusiones sociales.

Una vez que hemos delineado las valoraciones de los diferentes grupos de la sociedad, se pueden realizar dos tipos de estudios interconexos. Primero, uno se podría plantear esta cuestión: ¿qué políticas resultan apropiadas para estas valoraciones concretas? Y segundo: ¿qué factores sociales determinan la formación y el poder de estas valoraciones? Será necesario revisar continuamente los resultados de las investigaciones relativas a una de estas dos preguntas a la luz de los resultados de la otra.

El hilo fundamental del pensamiento de Myrdal, que enlaza el Political Element con Under-developed Regions, es la idea de que los presupuestos fundamentales con los que queremos comprender la sociedad deben ser transformados si, como resultado de los cambios y nuevas técnicas de control, vamos a hacer que sea posible una nueva época de desarrollo. En Political Element mostró que nuestro pensamiento sobre la sociedad está invalidado por reliquias de viejos sistemas de pensamiento (armonía, análisis de equilibrio estable, bienestar utilitario); en el artículo de 1933 criticó la separación de los medios y los fines como un pre-

juicio doctrinal con idéntico origen; gradualmente evolucionó y empleó presupuestos y modelos (en *Monetary Equilibrium*, *An American Dilemma*, *An International Economy*) más adecuados a una época en la que las políticas de estados nacionales unitarios han reducido ciertas desigualdades, pero han dado lugar a nuevas tensiones internas e internacionales, en la que la obra fundamental de industrialización ha beneficiado sólo a unos cuantos, países, en que el Estado y las grandes instituciones privadas han asumido el poder, y las relaciones públicas y semi-públicas han substituído a las relaciones privadas, en que se ha institucionalizado la ciencia, en que se ha extendido la investigación racional de maneras aceptadas, y en que los ideales occidentales se han extendido a través del mundo; y ahora está empleando estos nuevos presupuestos de pensamiento social (causación cumulativa, premisas de valor de aspiraciones concretas de grupos importantes, integración de fuerzas económicas y no económicas) para comprender los problemas y fomentar las aspiraciones de nuestra época.

VII. *Ideologías.*

En una sección anterior, 4), f), he indicado que el análisis y el pronóstico pueden tergiversarse por las valoraciones y los programas. Puede perdonarse que tratemos este problema con un poco más de amplitud, tanto porque es una cuestión central en los ensayos de Myrdal como porque en este campo la discusión en general se ha oscurecido por la resistencia de muchos escritores, que insisten en que las valoraciones penetran de alguna manera en el análisis social para establecer claramente a) donde tiene lugar precisamente esta penetración, y b) cómo puede encontrarse el punto de Arquímedes (16) sobre el que su propia teoría pueda elevarse hacia la objetividad.

Sin entrar en una discusión de estos precisos problemas resultará útil registrar, en forma de nota, una breve lista de algunas

(16) La expresión es de E. GRÜNDWALD. Cf. *Das Problem der Soziologie des Wissens*, Viena-Leipzig, 1934, p. 206.

de las formas en que se puede pensar que las valoraciones afectan al análisis, y considerar el cambio en el pensamiento de Myrdal a la luz de esta clasificación. En términos generales, hay cuatro posibilidades:

1. Las valoraciones determinan el *contenido*, y así la *validez*, del análisis *psicológicamente*. (Bacon, Nietzsche, Sorel y Pareto mantuvieron puntos de vista de esta clase.)

a) El análisis es conscientemente falso; las proposiciones son mentiras.

b) La tergiversación es semi-consciente: pensamiento deseoso; defensa especial.

c) La tergiversación es inconsciente; las conclusiones son racionalizaciones.

Puede darse, naturalmente, que un grupo de hombres implante lo que ellos saben que son nociones falsas en las mentes de otros, mediante esfuerzos de manipulación. Si las víctimas no se dan cuenta de que están siendo objeto de manipulaciones, sus creencias se clasificarán en el apartado 1), c), en tanto que la actividad de los manipuladores (propaganda, acondicionamiento) cae bajo 1), a), al menos mientras no sean víctimas de sus propios instrumentos.

La racionalización Freudiana es un método de resolver conflictos peculiares del individuo, en tanto que la racionalización que aquí se considera sirve para resolver conflictos sociales. La ideología es para la sociedad lo que la culpa y la auto-justificación son para un individuo. Pero las tensiones en la estructura de la sociedad tenderán a manifestarse en los problemas psicológicos de los individuos y las dos esferas no se pueden separar de una manera tajante (17).

(17) Así, la culpa puede ser un síntoma de conflictos personales que, sin embargo, puede reflejar fuerzas sociales. La conexión entre el protestantismo y el crecimiento del capitalismo ha sido estudiada por WEBER y TAWNEY. La culpa por el disfrute puede relacionarse con la acumulación de capital por hombres que valoraban el ahorro, el trabajo serio, la negación de sí mismo. Los sentimientos culpables secularizados de muchos americanos modernos por no obtener el máximo rendimiento que se puede sacar a la vida, pueden ser análogamente relacionados con un estudio ulterior de capitalismo en el que los problemas de excesiva capacidad productora y exceso de producción han reemplazado al problema de la acumulación de capital.

En todos los casos a), b), c), solamente se mezclan las declaraciones *falsas*. La ideología se define como una "falsa consciencia". Las valoraciones pueden procurar un motivo para encontrar una base *lógica* (y también ilógica) para una conclusión deseada, pero el análisis no resulta entonces tergiversado. Hay una esfera para el pensamiento objetivo.

El punto de Arquímedes se da exponiendo los motivos. (Sin embargo, existe el peligro de que este esfuerzo se mezcle con las valoraciones no expresadas).

2. Las valoraciones determinan el *contenido*, y así la *valides* de los análisis, afectando a la estructura (categorías, presupuestos, premisas, etc.) del pensamiento. (Las teorías de Hegel y de Marx no son psicológicas, sino epistemológicas en este sentido.) La fusión no es cuestión de psicología individual, ni siquiera social, sino que cualquiera que piensa algo en una situación dada tiene que pensar de cierta manera determinada en valor. La prueba de los motivos no puede eliminar las valoraciones implícitas, porque son condición esencial de todo pensamiento.

Actualmente, se adopta una actitud similar al acentuar la manera en que el idioma ejerce influencia sobre la manera en que vemos, seleccionamos y analizamos los acontecimientos, abriendo así la puerta al prejuicio. En primer lugar, entra no solamente —como se reconoce generalmente— en la selección y crítica de la evidencia, sino también en nuestras clasificaciones y estructuras de referencia. Particularmente en los estudios sociales, obtenemos nuestro vocabulario en el mismo campo objeto de nuestro estudio (18). Así, las valoraciones del mercado o de la política se llevan discretamente al análisis científico.

En segundo término, el idioma introduce un prejuicio al adoptar términos idénticos para situaciones que son similares en ciertos aspectos, pero no similares en otros. La utilización del mismo concepto, o modelo, o metáfora para referirse a situaciones diferentes es fuente tanto de peligro como de oportunidad. Peligro, porque la referencia puede tergiversar o representar erróneamente los

(18) Cf. las reflexiones perceptivas de MARC BLOCH, *The Historian's Craft*, Manchester, University Press, 1954.

hechos; oportunidad, porque puede ampliar nuestra visión llamando la atención hacia aspectos hasta entonces desconocidos.

En tercer lugar, existe el peligro de ver esencias reales donde hay términos de mera clasificación (19).

De cualquier forma que analicemos la penetración de valoraciones en el análisis, resulta que no solamente las declaraciones falsas, sino todas las declaraciones que caben bajo este segundo enunciado son "ideológicas" y, por lo tanto, lógicamente sospechosas, a no ser que se depuren zonas que se asegura están exentas de prejuicios. Así, algunos escritores dicen que

a) solamente en ciertos *periodos* históricos (por ejemplo, en una sociedad de clases) otros que

b) solamente en ciertos *campos de estudio* (por ejemplo, estudios sociales), y otros que

c) solamente ciertas *clases* (por ejemplo, la burguesía), están sujetas a contaminación, tienen una "falsa consciencia" (20). Pero el corolario de que solamente ciertos periodos, campos de estudio, clases u hombres están exentos de prejuicios puede, desde luego, ser una fuente fructífera de ideología. Combinando a), b) y c) llegamos al punto de vista marxista de que hay una ciencia social proletaria en los últimos estadios del capitalismo, a la que está garantizada la verdad. Especialmente Georg Lukács ha argumentado que solamente el pensamiento con consciencia acusada de su proletarismo representa la realidad "adecuadamente". Mannheim (en su primitiva obra) creía que tan sólo los intelectuales "socialmente desprendidos" (esto es, radicales) pueden buscar la "síntesis dinámica" necesaria, una "perspectiva total", que supere las concepciones parciales y llenas de prejuicios de otros grupos. Hegel pensó que la razón se revelaba a los filósofos (especialmente a los filósofos hegelianos) en un cierto estadio de la historia. Más cerca de nosotros, Marshall, Pigou y otros dentro de la tradición

(19) En tanto en cuanto sólo se acentúa el uso *emotivo* de las palabras, el análisis lingüístico debería clasificarse en el número 1. Las valoraciones entran en el nivel psicológico, y podrían eliminarse con un lenguaje depurado.

(20) La expresión se presenta en una de las cartas de ENGEL a MEHRING. Cf. FRANZ MEHRING, *Geschichte der deutschen Sozialdemokratie*, 1921, vol. I, página 386.

de Bentham implican que en el medio de los intereses de clase, solamente el Estado es un órgano que puede ver y promover desinteresadamente el bien público.

Por otra parte, algunos autores afirman que no son solamente las valoraciones las que determinan el pensamiento, sino que también hay otras esferas extrañas que lo determinan, tales como las *condiciones* sociales o económicas (en contraste con los *intereses*, *aspiraciones* y *valoraciones*), el medio ambiente natural, la nacionalidad, la raza, la generación. Esta determinación puede concebirse bien como causal o como expresión de cierta clase de unidad.

El punto de Arquímedes no se puede lograr empíricamente, ni lógicamente, sino tan sólo metafísicamente. Los "intelectuales", "la clase trabajadora", o "acción", "compromiso", "una síntesis", o "una esfera absoluta de valores", garantizan la objetividad. O, utilizando el enfoque lingüístico, solamente un "idioma perfecto" que se ajuste exactamente a los hechos podría permitirnos salir del paso. El intento de salvar la teoría de contradecirse a sí misma tiene éxito solamente si se da un paso arbitrario hacia la metafísica. La elección consiste en escoger entre el dogmatismo o el absurdo.

3. Las valoraciones tan sólo tienen una significación meramente *selectiva*. No afectan al contenido o validez del pensamiento, sino a su dirección.

a) Pueden ser *positivamente selectivas*: las valoraciones determinan *que* que ahí y entonces se ha hecho una proposición. Las preguntas que se hacen están determinadas por valor, pero no así las contestaciones. La relación entre los valores y las teorías no es causal, sino que son como el tipo de determinación por la que una pregunta "determina" una respuesta.

b) Pueden ser *negativamente selectivas*, impidiendo que ciertas proposiciones se hagan en ciertas situaciones. (Max Scheler sugirió esto, si bien sus puntos de vista no son firmes.)

Así la teoría ricardiana de la distribución, la teoría malthusiana de la población, la teoría marxista del aumento de la miseria de las masas, la teoría keynesiana del empleo y las diversas teorías del estancamiento secular, de la inflación secular y de la escasez secular de dólares, pueden ser todas ellas proyecciones sobre una amplia pantalla histórica de las instantáneas de unos cuantos

años o décadas y las amplias protestas a que esas breves experiencias dieron lugar.

Aquí no es necesario un punto de Arquímedes, porque la validez es independiente de las valoraciones. Sin embargo, la distinción entre los tipos 2 y 3 de la ideología se hace borrosa si recordamos que una concepción inadecuada parcial de la realidad, puede conducir al error, no por comisión sino por omisión. El punto de Arquímedes consistiría en establecer una escala descendente de las reclamaciones de la teoría hasta una menor generalidad; pero entonces con frecuencia pierde todo su interés.

4. Las valoraciones determinan que ciertas proposiciones sean entendidas, reconocidas, aceptadas públicamente (21). De nuevo, no es necesario un punto de Arquímedes.

Según cuál de estos puntos de vista se mantenga, el papel de la crítica es: 1) mostrar los motivos más o menos siniestros que hay en las falsas explicaciones de los contrarios, o psico-analizar sus teorías; 2) analizar la estructura de su pensamiento; 3) rellenar vacíos en la selección, o 4) relacionar ideas con su marco social. Es también obvio que estos cuatro puntos de vista tienen implicaciones radicalmente diferentes respecto de la pregunta de en qué medida las premisas de valor no expresadas invalidan las teorías sociales. Sin embargo, eminentes expositores de estas teorías de la ideología han oscilado con dificultades entre posiciones auto-destructoras y otras claramente obvias. Decir que las pruebas de lógica cambian con los valores de uno mismo está abierto a la antigua objeción al escepticismo: si la teoría no es cierta, no hay más que decir; si es cierta, ha de ser negada su propia objetividad. Por otra parte, decir que nos tropezamos con obstáculos en nuestros intentos de ser imparciales al pensar sobre cuestiones políticas, sirve como un útil recordatorio de que también los científicos son humanos. Pero la ambigüedad entre estos dos puntos de vista presta aparente fuerza a muchas teorías.

Myrdal, al contrario de muchos metodologistas que son totalmente simples respecto de su propia teoría, desarrolla gradualmente una especie de metodología de la metodología, una teoría

(21) Por ejemplo, se podría decir que la llamada de la teoría de KEYNES al público dió por resultado protestas contra la depresión.

crítica que se critica a sí misma. Myrdal partió de un enfoque ampliamente psicológico. En *Political Element* hay una sugerencia (de la que se retracta en el Prefacio de 1953) de que si la teoría económica fuera despojada de sus valoraciones implícitas, quedaría un cuerpo de hechos y relaciones que entonces podría ser aparejado con éxito a cualquier grupo de valoraciones explícitamente introducido a partir de la investigación sociológica y psicológica.

En sus escritos posteriores el enfoque epistemológico gana terreno hasta que, en *Crux of All Science*, la interdependencia estructural de valoraciones y hechos se presenta como condición necesaria de *toda* —buena o no— teoría e investigación, de las conclusiones tanto lógicas como ilógicas. Su punto de vista parece encaminarse hacia el papel selectivo de los juicios de valor (categoría 3.) y se asemeja al de Schumpeter. Según Schumpeter, el procedimiento científico “parte de la percepción de un equipo de fenómenos relacionados que deseamos analizar, y termina —por el momento— con un modelo científico en el que los fenómenos se conceptualizan y las relaciones entre ellos son explícitamente formuladas, bien como supuestos o como proposiciones (teoremas) ... que la percepción de un equipo de fenómenos relacionados en un acto pre-científico. Ha de llevarse a cabo de forma que dé a nuestras mentes algo con qué realizar un trabajo científico —indicar un objeto de investigación— pero no es científico en sí mismo. Aunque pre-científico, no es pre-analítico. No consiste simplemente en percibir hechos con uno o dos de nuestros sentidos. Puede reconocerse que estos hechos tienen un significado o relación que justifica nuestro interés en ellos y han de reconocerse como relacionados —de forma que podríamos separarlos de otros— lo que supone un cierto trabajo analítico por parte de nuestra imaginación o de nuestro sentido común. A esta mezcla de percepciones y análisis pre-científicos la llamaremos Visión o Intuición del investigador profesional (22). Como Myrdal, Schumpeter acentuó el “inacabable toma y da” entre la teoría y los hechos. “Este trabajo (construcción de patrones) consiste en coger ciertos hechos, en lugar de otros, en sujetarlos etiquetán-

(22) “Science and Ideology”, *The American Economic Review*, marzo, 1949, p. 350.

dolos, en acumular hechos ulteriores no solamente para complementarlos, sino en parte también para subsistir aquellos que fueron sujetos originalmente, en formular y mejorar las relaciones percibidas, más brevemente, en la investigación "de hecho" y "teórica" que se prolongue en una inacabable cadena de toma y dame, sugiriendo los hechos nuevos instrumentos analíticos (teorías), y éstas a su vez conduciéndonos hacia el reconocimiento de nuevos hechos" (23). En la visión de Schumpeter, como en la de Myrdal, la fuente del prejuicio ideológico es la visión inicial de los fenómenos que proponemos se trate científicamente.

Pero para Schumpeter la visión viene, por una parte, bien corregida o ignorada por un recto análisis (como en Adam Smith) o, por otra parte, domina y esteriliza el análisis (como en Marx). Para Myrdal, la visión desempeña un papel más constructivo. No es meramente el punto de arranque (como para Schumpeter), sino la fuerza motriz del motor analítico.

Myrdal no identifica jamás las valoraciones simplemente con los intereses, ambiciones o aspiraciones de un grupo. Es un psicólogo demasiado sutil para hacer esto. Las valoraciones que él afirma deberían formar las bases de las teorías sociales son más bien como el complejo de actitudes que unifican una personalidad o un estilo. Las creencias, principios morales, simpatías, preferencias, ideales y acciones que caracterizan a un grupo no pueden deducirse lógicamente de un grupo de premisas abstractas, ni son el producto mecánico de ciertos intereses. Y nunca vienen "dadas" de una vez para siempre, sino que cambian ante las violencias y fuerzas a que dan nacimiento sus relaciones entre sí y con la experiencia. Si bien muchos pronósticos se formulan para justificar programas, la relación entre ellos no es estática, sino de interacción cumulativa.

Un intento de explorar los puntos de vista que fundamentan las propias persistentes demandas de Myrdal en pro de un estudio del papel de los valores, mostraría una emancipación en aumento de los presupuestos liberales en su propia crítica del liberalismo.

La estricta separación del *debe ser* del *es*, que domina la

(23) Ibid.

moderna teoría económica liberal (y, en diferentes versiones, la filosofía moderna), no es, como dice ser, moralmente neutral, ni simplemente un descubrimiento del análisis filosófico. Porque ninguna observación o análisis lógico puede *descubrir* que *deberíamos* separar los valores de los hechos, o los fines de los medios. Ninguna medida de descripción o deducción puede mostrar que podemos analizar plenamente los gustos reales políticos y morales sin introducir valores en nuestro análisis. Dado que la mayor parte de las personas actúan en la creencia de que solamente allí donde se mantienen criterios objetivos de opción la opción es digna de una atención seria, la negación de cualquier base objetiva, si es ampliamente aceptada, influenciará radicalmente las opciones de la gente.

La filosofía que niega la conexión lógica entre los hechos y los valores y deduce de esta negación su propia neutralidad moral (suprimiendo una serie de premisas injustificadas necesarias) cuadra admirablemente con una filosofía liberal de la tolerancia, en la que los diferentes puntos de vista políticos tienen igual derecho a existir, aunque no está explícito de dónde se deriva esta pretensión. (El liberalismo puede tener resabios radicales, como en el utilitarismo y el positivismo lógico, o bien un sesgo conservador, como en la filosofía del análisis lingüístico.)

En su artículo sobre Fines y Medios, Myrdal abandona la creencia en la posibilidad o deseabilidad de una separación tajante entre fines y medios, que todavía fundamentaba la crítica en su *Political Element*. Myrdal muestra no sólo la imposibilidad de esta separación, sino también su función ideológica (24).

(24) En *Political Element* Myrdal mostró cómo la filosofía del derecho natural encerraba una contradicción y un compromiso entre lo radical y lo conservador. En una relación diferente, ERNST TROELTSCH sugirió que la idea cristiana de la ley natural cumplía una función similar para el pensamiento de la Iglesia, posibilitándola llegar a un acuerdo con hechos sociales e ideales no cristianos. Cf. *Aufsätze zur Geistesgeschichte und Religionssoziologie*, Tübinga, 1925, vol. iv, pp. 156-180. Análogamente, la reliquia "naturalista" en la yuxtaposición de fines y medios moderna, posterior a HUME, sirve para reconciliar las severas demandas de neutralidad científica con la ética del liberalismo. ¿Se podrá purgar alguna vez el pensamiento político de todo "naturalismo"?

Una vez que se rechaza la dicotomía entre valores y hechos, surge toda clase de preguntas sobre el método propio de Myrdal.

1. Dado que la opción de premisas de valor en el análisis social es en sí misma una decisión moral y política, ¿por qué se nos dice que nos limitemos a esos grupos reales y poderosos, tales como los formulan la sociología y la psicología? Admitir *todas* las premisas como igualmente válidas sería ser víctima del relativismo liberalista, una teoría política en sí mismo. Pero admitir tan sólo aquellas que son “practicables”, “significativas”, “relevantes”, “reales”, etc., puede conducir a otra trampa. En verdad, habiendo mostrado la falsedad de las pretensiones de separación de hechos y valores, Myrdal ha abierto la puerta a una nueva conexión entre ellos. ¿Pero es que la crítica de la “mendacidad naturalista” del utilitarismo tan sólo condujo a su sustitución por el pragmatismo? Las razones que da Myrdal para su selección de premisas de valor —“la norma de la economía”, “relevancia”, “significación”— pueden no llegar a convencer a aquellos que eligen sus premisas partiendo de diferentes principios.

2. ¿Es necesario que el análisis de equilibrios estables deba conducir a conclusiones del tipo *laissez faire*, en tanto que el análisis de la causación cumulativa conduce a políticas que son contrarias al *laissez faire* y a las “teorías de un solo factor”? “Equilibrio es justamente equilibrio”, y hacer desaparecer un mal equilibrio estable que domina la acción gubernamental puede considerarse deseable. Por otra parte, la espiral, si es buena, puede hacer innecesaria la acción del gobierno; y si la acción del gobierno se dirige a un factor estratégico, la interacción de otros puede hacer conveniente los remedios de una sola causa.

3. ¿De dónde la característica mezcla de optimismo y pesimismo que llena los escritos de Myrdal y que le llevó a llamarse a sí mismo un pesimista alegre?

Partiendo de la visión de un mundo de hombres libres e iguales, nos pone en guardia frente a esperanzas y perspectivas confusas. Es pesimista con respecto a las últimas, e incansablemente optimista cuando se trata de intentar convertir en realidad las primeras. ¿Es educativo su pesimismo, una medida de precaución contra desilusiones y desesperación, una llamada al valor en presencia del fracaso? ¿Es su optimismo un recordatorio de

que lo inesperado puede suceder en cualquier momento, que programas alegres pueden cambiar los más negros pronósticos, una conclusión de la doctrina del círculo vicioso convertido en saludable, o una protesta moral contra el determinismo fatalista?

Myrdal combina los ideales que fueron comunes al liberalismo y al socialismo del siglo XIX con una oposición a su doctrina de "progreso inevitable", tanto como a la doctrina más moderna de la "decadencia inevitable". Une la insistencia sobre la necesidad del análisis científico de la sociedad y de la presencia y función positiva de los conflictos de valor que es recuerdo de Marx, con una fe en una sociedad mejor, cuya forma puede dibujarse por la imaginación de los hombres libres, que recuerda a los socialistas utópicos.

VIII. *Resumen.*

El análisis y el pronóstico no pueden ser neutrales en el sentido de que pertenecen a una esfera de relaciones causales reales y posibles que pueden ser separadas permanentemente de las valoraciones y de los programas que inspiran.

1. El análisis y el pronóstico presuponen programas en el sentido de intereses que determinen la selección y apreciación de la evidencia. Ignorar este aspecto del cuadro es lo mismo que adherirse al simple empirismo en la teoría del conocimiento.

2. La relación entre análisis y política, y la relación entre pronóstico y programa, no puede ser siempre analizada en los términos de medios y fines. La aplicación del análisis a la política es una materia de habilidad, no de subsunción en cánones dados.

3. La moderna economía del bienestar, tanto en su versión paretiana como bergsoniana, aplica indebidamente el patrón medios-fines a las situaciones sociales. Así mantiene equivocadamente que los "óptimos" deben buscarse allí donde las "mejoras" son apropiadas y lógicamente suficientes, y que las valoraciones deben "darse" desde el exterior, aunque de hecho pueden surgir como resultado de apreciaciones empíricas.

4. El análisis y el pronóstico pueden contener ideologías. Pueden formularse en forma tal que no exteriorice los hechos,

sino que más bien intente la reconciliación de conflictos en creencias y valoraciones. El conocimiento de sus propias valoraciones y de las limitaciones de sus conclusiones, figuran entre las garantías del teórico para no caer en la trampa ideológica.

5. Aunque el análisis y el pronóstico deben tomar como datos las creencias y las valoraciones reales o posibles de la gente, analizándolas y exponiéndolas a la luz pública, tienden a cambiarlas. Un análisis y pronóstico más completos reconocerán estos cambios, pero la interconexión es un proceso continuo. Por consiguiente, el pronóstico debe estar sujeto a revisión permanente.

6. Los científicos sociales deberían intentar basar sus pronósticos sobre valoraciones concretas actuales o potenciales de grupos en situaciones concretas. La comprensión de la unidad de las actitudes complejas es la tarea de la psicología social o sociología.

7. Como resultado del cambio social, los presupuestos en virtud de los cuales intentamos comprenderlo, deben transformarse si, con la obtención de nuevas técnicas de control, hemos de hacer posible una nueva era de desarrollo. Nuevos pronósticos teóricos se necesitan para los nuevos programas de nuestros tiempos.

P. STREETEN